

Revista
Estudiantes de Filosofía
λέγειν
Légein 9

REVISTA DE ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA
julio - diciembre 2009

¿En qué consiste la relación entre el escepticismo y el naturalismo en la filosofía de David Hume?

Yamileth Becoche Díaz
Universidad del Valle

Recibido: mayo de 2009; **aprobado:** junio de 2009

Revista *Légein* N° 9, julio - diciembre 2009: 7 - 32

ISSN 1794-5291

Yamileth Becoche Díaz

Licenciada en Filosofía de la Universidad del Valle. Su trabajo de monografía se centró en filosofía moderna con una tesis titulada: “La epistemología de David Hume, a propósito de la relación entre el escepticismo y el naturalismo”. Fue mejor graduando de Humanidades 2010 y actualmente trabaja como docente de filosofía.

Correo electrónico: yamileth045@yahoo.com

¿EN QUÉ CONSISTE LA RELACIÓN ENTRE EL ESCEPTICISMO Y EL NATURALISMO EN LA FILOSOFÍA DE DAVID HUME?

Yamileth Becoche Díaz

Universidad del Valle

RESUMEN

El objetivo de este artículo es examinar la relación entre el escepticismo moderado o mitigado de Hume y un naturalismo caracterizado por la propensión del hombre hacia las creencias y la acción. Igualmente se argumentará que Hume no pretende elegir un naturalismo a costa del escepticismo, sino encontrar una especie de posición intermedia entre una beneficiosa duda mitigada y la consciencia de una naturaleza humana que se nos impone.

Palabras clave: escepticismo filosófico, naturalismo, naturaleza, creencia, costumbre, acción.

ABSTRACT

The objective of this paper is to examine the relationship between Hume's moderated or mitigated skepticism and a naturalism characterized by men's propensity towards beliefs and action. Likewise I will argue that Hume doesn't pretend to choose naturalism instead of scepticism, but rather he tries to find a kind of middle position between a beneficial mitigated doubt and the conscience of the human nature that is imposed on us.

Key words: philosophical scepticism, naturalism, nature, belief, custom, action.

1. INTRODUCCIÓN

Durante mucho tiempo la filosofía de David Hume ha sido considerada como devastadora, debido a las conclusiones escépticas y desconcertantes que alteraron en sobremanera el pensamiento moderno. Pero esta conmoción se evidencia hoy en día como positiva puesto que animó a la filosofía a despertar de aquel “sueño dogmático” en el que estaba sumida y a encontrar una nueva orientación en cuanto a la posibilidad de conocimiento. Contra aquellas opiniones que sostienen que Hume es un filósofo altamente escéptico y destructor del conocimiento, se pretende mostrar y valorar la visión naturalista del filósofo que ahora nos ocupa. En primer lugar se analizará el escepticismo mitigado de Hume en comparación con el escepticismo extremo, al que rechaza por considerarlo un impedimento para la acción humana. Posteriormente, se examinarán las posibles formas de abordar al escepticismo, especialmente la forma en que Hume lo “enfrenta” y cómo él logra liberarse de un escepticismo excesivo, apelando a la fuerza de la naturaleza. Finalmente se explicará cómo debe ser la relación entre el escepticismo mitigado y el naturalismo en la vida del “hombre-filósofo”.

2. LA FACETA ESCÉPTICA DE HUME

El empirismo radical defendido por Hume, en el cual la experiencia es la única base aceptable como punto de partida para la investigación filosófica, lleva en últimas hacia un escepticismo que, para muchos, es devastador, debido a que, de acuerdo con el análisis minucioso sobre nuestros procesos mentales, Hume concluye que no estamos capacitados para justificar epistemológicamente las creencias que nos vemos forzados a admitir. Esta actitud escéptica respecto a las capacidades de nuestro entendimiento permite afirmar que, excepto aquellas creencias basadas en relaciones de ideas, nuestras creencias sobre cuestiones de hecho y existencia en realidad están apoyadas en un conjunto de hábitos, costumbres e inclinaciones propias de la naturaleza humana. De hecho, en el *Resumen del Tratado*, Hume advierte que se puede notar que la filosofía expuesta allí “es muy escéptica y pretende proporcionarnos una visión de las imperfecciones y estrechos límites del entendimiento

humano. Se reduce allí casi todo el razonamiento a la experiencia, se explica que no es más que un sentimiento peculiar o una concepción vívida producida por el hábito” (HUME [R]: p. 24).

Un análisis más juicioso sobre la filosofía humeana nos indica que el escepticismo manejado por Hume va más allá de una mera forma extrema y destructiva de escepticismo, pues más que aniquilar cualquier pretensión cognoscitiva, Hume pone de manifiesto la conveniencia de las razones que tenemos para sostener ciertos tipos de creencias, así como también pretende crear consciencia de la imposibilidad de demostrar algo totalmente cierto acerca del mundo exterior, las relaciones causales y las entidades metafísicas. Pero para establecer cuál era su forma de entender el escepticismo, es conveniente sumergirse primero en el análisis que realiza sobre la posibilidad del conocimiento. En términos generales, el escepticismo se fundamenta en el sigilo o la mesura en los juicios, en observar muy detalladamente antes de tomar una decisión. Pero es importante establecer una diferencia entre algunas actitudes que pueden ser consideradas “escépticas” y el “escepticismo filosófico” como tal; considérense dos situaciones: a) Cuando ante una situación particular de la cotidianidad en la que se pueden llegar a albergar dudas sobre el resultado de una acción, se evidencia una perplejidad en la medida en que no se sabe qué resultado se obtendrá o quizá se está inseguro frente a determinada situación; no obstante, estas incertidumbres no afectan otras creencias que se poseen. b) Cuando la duda va más allá de la anterior situación y expresa un punto de vista frente a las posibilidades del conocimiento humano en un sentido íntegro, nos encontramos entonces, en otro terreno del escepticismo; es decir, cuando se afirma que no se puede aseverar que se conoce algo o simplemente que lo que se conoce es poco. Dadas estas dos situaciones, se puede decir que a diferencia del punto a), en el b) sí se estaría hablando de escepticismo filosófico, debido a que la característica más sobresaliente del escepticismo filosófico es plantear dudas sobre lo que comúnmente es aceptado como verdad, es decir, sobre los criterios que se utilizan para demostrar que se sabe algo, como lo indica P. Strawson cuando afirma que el escéptico no es alguien “[Q]ue niega la validez de ciertos tipos de creencias, sino alguien que cuestiona, aunque sea tan sólo inicialmente y por motivos metodológicos, la pertinencia de las razones que tenemos para sostenerlas” (STRAWSON 2003: 43).

En conjunto con lo anterior, considérese además que comúnmente existen dos maneras por las que un escéptico puede presentar sus argumentos: (i) el escéptico demuestra que no se puede alcanzar una justificación para nuestras creencias; (ii) el escéptico expone argumentos escépticos que en apariencia permiten establecer una justificación para las creencias, pero al final se muestra que tal criterio es ineficaz¹. Hume estaría ubicado en el punto (i), pues señala que no estamos justificados racionalmente para sostener creencias sobre cuestiones fácticas —se recordará aquí su conocida crítica cognoscitiva al mundo exterior, a la causalidad, a la substancia y al yo—.

Ciertamente nuestras actuaciones requieren muchas veces deliberación y también creencias sobre los medios y fines que pretendemos; por esta razón, para el caso de la causalidad, el interés de Hume se centra en encontrar cuál es el origen de la creencia de que un evento A fue causado por otro evento B, es decir, cómo es que hacemos inferencias de un estado de cosas a otro estado de cosas, ya que al esperar consecuencias de hechos que aún no han ocurrido, nos aventuramos a afirmar cosas del mundo y a suponer asiduamente que hay una conexión entre hechos presentes observados y no observados. En estos términos es que Hume se pregunta: ¿por qué los hombres mantienen sus creencias y siguen realizando inferencias sobre hechos de esta naturaleza, a pesar de que no tenemos garantía de que un caso determinado se dará en el futuro al igual que ha ocurrido en el pasado? Puede que dos fenómenos siempre hayan aparecido juntos (fuego y humo, por ejemplo), pero asegurar que tal “co-aparición” es producto de algún tipo de enlace causal entre ellos y que, por tanto, seguirán apareciendo juntos en el futuro es algo de lo que no podremos tener seguridad. Así que, de acuerdo con Hume, los seres humanos no están posibilitados para justificar racionalmente sus creencias sobre cuestiones de hecho y existencia, pues nuestras conclusiones empíricas están basadas en experiencias y observaciones de hechos que se dan regularmente. Por eso es imprescindible que se considere a las experiencias como la base para el conocimiento de nuestras creencias inductivas y que se concluya que la sola razón no podrá proporcionarnos inferencias sobre cuestiones de hecho. Al respecto sostiene Stroud:

¹ Esta segunda forma se desarrollará más adelante cuando se examinen las posibilidades de abordar el escepticismo.

“Hume afirma que el hombre no tiene razón para creer lo que cree; su creencia no tiene apoyo o justificación racional” (STROUD 1986: 83). Esto pone de manifiesto que nuestras conclusiones realizadas a partir de la experiencia sobre cuestiones de hecho y existencia no son producto de la facultad del entendimiento y de su operación o funcionamiento², sino que provienen del hecho aparente de que el futuro será como ha sido el pasado, lo cual se arraiga fuertemente en nuestra mente gracias a un principio psicológico de asociación que Hume llama costumbre: la costumbre o hábito es el gran principio que nos lleva a realizar inferencias desde el pasado al futuro y se explica en la medida en que la repetición de un acto produce una tendencia a renovar dicho acto sin pasar por un razonamiento o por el entendimiento.

3. HUME CONTRA EL ESCEPTICISMO PIRRÓNICO

Siguiendo con este análisis humeano, se examinarán ahora algunos tipos de escepticismo y si estos son adecuados o perjudiciales para la tarea cognoscitiva del hombre. En su *An Enquiry Concerning Human Understanding* (1751) Hume analiza un tipo de escepticismo que llama previo, el cual opera en forma de amparo contra errores y juicios precipitados. Este escepticismo propone una “duda universal” sobre nuestras opiniones, juicios y facultades, pero se torna insuperable y conduce a la inseguridad e incertidumbre. Otra clase de escepticismo, el extremo o excesivo, se considera anulativo, pues elimina cualquier grado de seguridad en un razonamiento o el convencimiento de un tema. Aquí Hume arremete más exactamente contra el pirronismo, pues tal doctrina expone que no existe ninguna posibilidad de justificar un juicio empírico, por lo que no se puede afirmar o negar algo, es decir, no se podrá alcanzar una comprensión total sobre la naturaleza real de las cosas. El fundador de esta posición, Pirrón de Elide (360-270 a.C.), sostenía que no es posible conocer la verdadera naturaleza de las cosas debido a la variabilidad sensorial del ser humano. Por tal motivo, al no poder conseguir un conocimiento objetivo del mundo, se exigía la suspensión del juicio. Los neopirrónicos —en especial, Agripa— señalan

² Aunque la posibilidad del justificar lógicamente la inducción no se fundamente en la razón, no significa que no pueda explicarse racionalmente.

además que cualquier intento por justificar una creencia empírica incurre necesariamente en una falacia lógica, por lo que es imposible para la razón humana alcanzar una creencia que estuviera justificada.

La mayor crítica de Hume a este tipo de escepticismo tan riguroso radica en que, al someternos a sus designios, marcharemos por senderos demasiados abstrusos y teóricos, que finalmente convergerían en una “melancolía pensativa” y en una “interminable incertidumbre” (HUME, [I] p. 9). En este sentido, seguir el camino del escepticismo extremo significará desembocar en una irresolución en el terreno de la acción, algo que Hume cree absurdo, pues a cualquier persona le es imposible mantener una posición totalmente escéptica todo el tiempo. La razón de Hume para afirmar esto es que los seres humanos no pueden vivir sin creencias, ya que actúan a partir de ellas. Al respecto dice: “[A]sentimos con nuestras facultades y empleamos nuestra razón sólo porque no podemos evitarlo. La filosofía nos volvería completamente pirrónicos si la naturaleza no fuera demasiado fuerte para ello” (HUME, [R]: 24).

Por su parte, el escepticismo moderado o mitigado, es concebido como un “preparativo necesario para el estudio de la filosofía” (HUME [I]: 150). Este grado de escepticismo plantea liberar la mente de prejuicios que le impidan alcanzar un conocimiento certero; de ahí que, debido a la naturaleza engañosa de nuestros órganos sensoriales, no se debe confiar en ni depender de estos. En concordancia con el proceder recomendado por Descartes para alcanzar alguna certeza en los razonamientos, Hume expone que es necesario “[E]mpezar por algunos principios por sí mismos claros y evidentes, avanzar con paso cauto y seguro, revisar frecuentemente nuestras conclusiones y examinar rigurosamente todas las consecuencias” (HUME, [I]: 150).

Esta última clase de escepticismo permite considerar que aunque un análisis de las capacidades mentales humanas y de la experiencia nos lleva a percatarnos de que nuestra finitud y limitaciones cognoscitivas nos imposibilitan conocer más allá de las fronteras de la percepción, esto no implica que seamos seres pasivos y que nos limitemos sólo a percibir. Las diferentes percepciones que obtenemos del mundo involucran otras cosas como la imaginación, las creencias o la razón, que están constantemente activas y procesan la información captada por los órganos sensoriales. Así pues, por motivos prácticos, Hume sostiene que es conveniente un escepticismo mitigado en la medida

en que sea beneficioso para el conocimiento, nos aleje del fanatismo o supersticiones que puedan establecer creencias absurdas o inclusive peligrosas y que, al mismo tiempo, no sea un impedimento para llevar a cabo acciones de la cotidianidad.

4. POSIBILIDADES DE ABORDAR EL ESCEPTICISMO

Considérense ahora dos posibilidades de abordar el reto escéptico: la primera forma consiste en hacerle frente por medio de argumentos y sostener que tales argumentos resultan ser en últimas ineficaces o nulos; la segunda radica simplemente en no enfrentarlo, sino en “inhabilitarlo” o “inutilizarlo”.

El protagonista de la primera posibilidad es G. E Moore. La crítica de Moore en contra de los escépticos consiste en rechazar que las percepciones sensoriales no corresponden o no están relacionadas con los objetos del mundo, pues no existe evidencia indubitable de que el mundo exterior exista. En sus destacados artículos “Defensa del sentido común” y “La prueba del mundo exterior”, Moore afirma que existen proposiciones de origen empírico (“Aquí hay una mano” por ejemplo) que se pueden conocer con certeza. El ataque de Moore hacia los planteamientos escépticos de manera directa y tajante, se ve en aprietos toda vez que no parece tener en cuenta que las preguntas escépticas no se pueden responder satisfactoriamente por medio de proposiciones empíricas, es decir, comprobadas o fundadas en la experiencia, debido a que, aunque las proposiciones del sentido común sean ciertas, de su certeza no se puede dar justificación alguna. Lo interesante de este argumento es que Moore afirma como ciertas un conjunto de proposiciones empíricas sin tratar de justificarlas —pues es consciente de que en últimas no lo puede hacer—, y aún así argumenta que su certeza es mucho mayor que cualquier objeción escéptica.

La separación que realiza el escéptico entre la duda y la experiencia cotidiana implica que cualquier argumento para atacarlo puede ser refutado por el escéptico, y así se caería en la trampa. Esta separación tiene que ver con la objeción que hacen los escépticos a la idea de que las sensaciones nos informan sobre el mundo exterior (sobre lo real), lo que termina por socavar la seguridad en las percepciones y descartarlas como prueba de nuestra conexión real con el mundo exterior.

Si bien es comúnmente aceptado que del hecho de que alguien sabe algo (“Aquí hay una mano”) eventualmente se podría concluir que el mundo externo existe y asuntos similares, Moore es criticado justamente en el uso que hace de la expresión “saber”, debido a que no ofrece una explicación clara del hecho de que si él dice que “sabe” algo, puede persuadir al escéptico de que las cosas que dice saber son reales (esto es, que están conectadas con el mundo exterior) o que lo que dice que “sabe” lo sabe con certeza. Al mostrar su mano y decir “Aquí hay una mano”, se podría pensar que Moore elimina la grieta que impone el escéptico entre duda y experiencia cotidiana, por lo que espera que el problema escéptico se solucione desde un plano o contexto empírico, olvidándose de que a quien trata de convencer es al propio escéptico³.

³ En *Sobre la certeza*, Wittgenstein sostiene que hay un tipo de proposiciones exentas de duda, que “subyacen a toda pregunta y a todo pensamiento”. Wittgenstein las llama (i) proposiciones “entramado” o “andamiaje” que expresan creencias que damos por sentadas cuando nos hallamos en el plano de lo habitual o lo cotidiano (por ejemplo, “Aquí hay una mano”). Plantea también una segunda clase de proposiciones susceptibles de confirmación o falsación empírica que están incluidas en forma empírica (experiencias) y epistémica (razones) dentro de nuestro sistema de creencias. Estas (ii) proposiciones sujetas a duda o investigación pertenecen a un patrón gramatical diferente: son de carácter hipotético y pueden ser justificadas o puestas en duda debido a que la certeza que infunden es distinta de las proposiciones tipo (i) (por ejemplo, cuando se duda de si lo que se ve a lo lejos es un perro o un lobo). En estos términos, cuando Jorge dice “Yo sé X” a Pirrón, se presume que Jorge sabe algo que Pirrón no sabía, y se presume además que Jorge debe tener información adicional que justifique X. Este es el tipo de proposiciones tipo (ii). Por el contrario, en el terreno de las proposiciones de tipo (i), cuando Jorge dice “Yo sé X” a Pirrón, X es algo que no es desconocido por ninguno de los dos. La diferencia entre los dos consiste en que, aunque la información contenida en X es percibida de manera similar por Jorge y Pirrón, la interpretación de X que hacen ambos es distinta. En este tipo de proposiciones no es posible justificar X porque para hacerlo se debería encontrar algo que fuese más cierto o más sólido que las proposiciones tipo (i), algo que según Wittgenstein no existe, pues ellas son la demarcación de lo más cierto: “Se dice ‘Sé...’ cuando se está en condiciones de dar razones apropiadas. ‘Sé...’ está vinculado a la posibilidad de demostrar la verdad [...] Pero si lo que cree es de tal tipo que las razones que puede dar no son más seguras que su aserción, no puede decir que sabe lo que cree” (*Sobre la certeza*, [243]). De acuerdo con esto, según Wittgenstein, el hecho de que las proposiciones sean utilizadas tanto para representar hechos como para mandar, solicitar, preguntar, congratular, entre otras, da cuenta de una variedad lingüística denominada “juegos del lenguaje”, por lo que el error del escéptico consiste en que parece no tener en cuenta que las proposiciones tipo (i) son una parte fundamental para todos nuestros juegos del lenguaje, y por lo tanto, no pueden ser objeto de duda, pues conllevaría a la destrucción de nuestro andamiaje lingüístico: “Una duda en este punto parecería arrastrar todo consigo y reducirlo a un caos” (*Sobre la certeza* [613]). Por lo

Mas lo cierto es que Moore no desconocía lo complicado que es poder construir un enunciado general que pueda demostrar cualquier tipo de proposición sobre el mundo exterior:

Sin duda tengo razones concluyentes para afirmar que ahora no estoy soñando; tengo una evidencia concluyente de que estoy despierto. Pero esto es algo muy distinto de ser capaz de demostrarlo. No puedo decirles en qué consiste mi evidencia; y sin embargo se requeriría esto al menos para darles una demostración (MOORE 1972: 182).

Strawson comenta que si las experiencias de una persona fueran la única base para probar la existencia de los cuerpos, Moore habría refutado la tesis escéptica de manera dogmática, sin ofrecer más argumentos que su propia experiencia personal; pero lo que se evidencia es que Moore no logra abordar el problema del escepticismo, pues su experiencia puede ser de cualquier forma, sin que sus palabras puedan expresar algo verdadero, y esto no es suficiente para neutralizar al escepticismo: “[L]a cuestión escéptica respecto al mundo externo parece consistir en que la experiencia subjetiva podría ser, lógicamente, tal y como es, sin que se diera el caso de que las cosas materiales o físicas existieran de hecho” (STRAWSON 2003: 46).

El desafío escéptico con respecto al mundo exterior, esboza entonces que sería necesario ir más allá de nuestras percepciones —algo que Hume cree imposible— para justificar de una forma “no empírica”, si tales percepciones están verdaderamente conectadas o nos informan algo sobre la realidad del mundo exterior; pero como ir más allá de nuestras percepciones parece ser imposible, tampoco se podría tener seguridad de que las percepciones no nos informen o no estén conectadas de manera real con el mundo externo como afirman los escépticos. Con respecto a esto, Moore va más allá y sostiene que si el

tanto, el dudar de si lo que se ve es un perro o un lobo podría ser resuelto mirando más de cerca al animal y ésta duda no tendría implicaciones más serias, mientras que dudar acerca de las proposiciones tipo (i) conlleva a alterar nuestra perspectiva del mundo. De ahí que existen creencias, que al ponerlas en duda conducen a un sinsentido, pues “Quien quiera dudar de todo no iría hasta la misma duda. El mismo juego de dudar supone la certeza” (*Sobre la certeza*, [115]).

escéptico decide realizar una separación entre la experiencia cotidiana y la duda que expone, entonces es el escéptico quien deberá tratar de mostrar que las dudas que propone están justificadas y no aquellos que defienden el sentido común o los anti-escépticos⁴.

Si bien se podría entrar a considerar los análisis de Moore en torno a la cuestión escéptica, no se puede decir que estos análisis sean completamente convincentes, esto es, que disuelvan el problema escéptico de una vez por todas, y ese es precisamente el problema que existe con los intentos de refutación: que pueden medianamente apaciguar el espíritu, pero no logran calmar la demanda racional. La dificultad de contrarrestar la duda escéptica evidencia que es una cuestión espinosa y de compleja solución⁵. En la segunda posibilidad aparece Hume, quien sostiene que en cuanto al mundo exterior, no existe una forma adecuada de probar su existencia por medio de argumentos filosóficos:

[L]a filosofía se encuentra en grandes dificultades, cuando quiere justificar este nuevo sistema [una argumentación contra las dudas escépticas] y eliminar las objeciones [...] [E]xcede el poder de toda capacidad humana justificar este pretendido sistema filosófico con una cadena de argumentaciones clara y convincente, e incluso por cualquier apariencia de este argumento (HUME, [I]: 152).

⁴ Aunque tanto para Wittgenstein como para Moore las proposiciones tipo (i) están exentas de duda, ambos tienen razones diferentes para apoyar esto, pues Moore afirma que la certeza que infunden es tan manifiesta y evidente, que se pueden verificar empíricamente y constituyen una parte fundamental de nuestra experiencia sensible. Wittgenstein por el contrario asegura que como las proposiciones tipo (i) no brindan información adicional, ni son susceptibles de ser justificadas, ni se pueden saber, se deben considerar ciertas, debido a que precisamente no pueden ser apoyadas o justificadas (son el límite de toda justificación), sin contar con que este tipo de proposiciones cumplen un papel importante en todo nuestro andamiaje lingüístico y no darlas por sentadas implicaría todo un “caos” en tal andamiaje.

⁵ En relación con esto, Kant señaló que era un escándalo para la filosofía el que no se hubieran encontrado pruebas contundentes sobre la existencia del mundo físico y que se tuviera que creer en él por un acto de fe. Heidegger señaló que el escándalo no consistía en que las pruebas para refutar el escepticismo respecto al mundo exterior no se hubieran ofrecido, sino que, se esperaran y se pretendieran encontrar tales pruebas.

Esta duda escéptica con respecto tanto a la razón como a los sentidos es una enfermedad que nunca puede ser curada del todo, sino que tiene que acecharnos en todo momento, por más que la ahuyentemos a veces y ocasionalmente podamos parecer libres por completo de ella. No existe sistema alguno que pueda defender ni nuestro entendimiento ni nuestros sentidos; por el contrario, aún los exponemos más al peligro cuando intentamos justificarlos de ese modo [...] Sólo la falta de atención y el descuido pueden procurarnos algún remedio (HUME, [T]: 218).

De manera similar, Strawson afirma que al escepticismo no se le debe afrontar, sino más bien hacerlo “impotente” pues aunque en teoría sea muy fuerte, en la práctica se vuelve improductivo: “El modo correcto de abordar la duda escéptica profesional no consiste en intentar rebatirla sirviéndose de un argumento, sino en señalar que es inútil, irreal, engañosa; y, entonces, los argumentos refutadores se mostraran igualmente vanos [...]” (STRAWSON 2003: 65).

Con todo, la objeción de Hume a un tipo de escepticismo altamente teórico, consiste en señalar que éste nos conduciría tanto a la suspensión del juicio como de la acción. Sin embargo, para Sexto Empírico, por ejemplo, el escéptico como todo ser humano no está exento de perturbaciones,

Ciertamente no pensamos que el escéptico esté inmune por completo a la turbación, sino que reconocemos que se turba con las necesidades; pues estamos de acuerdo en que también él experimenta a veces frío, igual que sed y otras cosas por el estilo (*Esbozos pirrónicos*. I, XII, 29-30).

En estos términos, el escéptico puede efectivamente suspender el juicio cuando le sea posible, dado que el hombre no puede estar totalmente inactivo; la vida misma le impone “exigencias vitales” a las que debe responder, entre ellas, su capacidad mental, sentimental, orgánica (fisiológica), artística y moral (*Cfr.* I, XI, 23-4). Así pues, se deben distinguir dos momentos en la posición de un escéptico: el teórico y el práctico, lo cual explica por qué para el escéptico (aquel que es netamente teórico), no conduce a contradicción el hecho de que actúe, aún cuando sostenga que el criterio de justificación para sus

creencias no sea adecuado. Visto así, la opinión de que el escepticismo teórico es inútil en la medida en que, como dice Hume, sólo proporciona “entretenimiento” mental (*Cfr.* HUME [I]: 160) porque, de acuerdo con sus preceptos, no podríamos llevar a cabo una vida práctica, no es del todo correcta si tenemos en cuenta que el escepticismo tiene una importancia teórica más que práctica. La importancia de la duda escéptica en cualquier sistema filosófico ha dado paso a la discusión y al análisis de todas aquellas posibles soluciones al reto escéptico, y esto permite observar los alcances y límites de lo que se puede conocer.

El escepticismo filosófico de Hume entonces, está inclinado a indagar aquellos principios que pretenden explicar nuestro conocimiento y, por lo tanto, ante el desafío del escepticismo extremo, Hume no se valdrá de un ataque directo para contrarrestarlo como pretendió Moore. Él se concentrará en un análisis naturalista del hombre.

5. EL ESTUDIO NATURALISTA DE HUME

Para Hume, la filosofía debe trascender el terreno de la teoría, es decir, debe ser algo “más ajustado a la vida corriente”. De ahí que en su orientación escéptica se observe la aceptación de un escepticismo mitigado, pero al mismo tiempo, la reivindicación de la acción como componente inherente del género humano. La faceta naturalista de Hume es la forma en que pretende analizar la tensión existente entre el lado escéptico del hombre y su disposición natural hacia la acción, las creencias, sentimientos, pensamientos y deseos relacionados con nuestra vida cotidiana. El interés de Hume por la naturaleza humana se explica en la medida en que entiende que cualquier conocimiento depende en últimas del hombre, el cual posee una naturaleza propia, principios y formas de pensar o actuar comunes a lo largo de la historia.

Si bien los planteamientos y teorías epistemológicas de Hume han tomado en las últimas décadas una mayor importancia, no ha sido quizá porque se hayan entendido mejor sus pensamientos, sino porque muchos de los esbozos actuales sobre temas relacionados con sus concepciones dejan entrever la deuda que muchos pensadores tienen con las ideas humeanas. Aunque Hume es altamente reconocido por

el desarrollo de su “teoría de las ideas” y cómo esta teoría lo conduce hacia un escepticismo filosófico, no es este su aporte más original a la filosofía; tampoco lo es el hecho de que los positivistas lógicos del siglo XX exalten sus análisis en torno al llamado “empirismo analítico”, en el cual se busca la justificación a través de la experiencia, en conjunto con la preponderancia de la comprobación científica y el empleo de la lógica formal. Es indudable que todos estos planteamientos permitieron muchos avances en distintos campos del conocimiento, pero la contribución excepcional de Hume es su interpretación naturalista del hombre⁶. Su interés en la naturaleza humana lo llevó a proponer una teoría que permitiera la comprensión del comportamiento del hombre. El objetivo de su llamada filosofía moral o “ciencia de la naturaleza humana” es especialmente considerar “al hombre primordialmente como nacido para la acción y como influido en sus actos por el gusto y el sentimiento” (HUME [I] 5). Igualmente Hume apunta a indagar cómo es que los seres humanos llegan a tener creencias sobre sí mismos y sobre el mundo que les rodea. Dice Stroud: “Hume estimó que ella [su actitud naturalista] constituía su aportación más original, y es ella la que da origen a los planteamientos más trascendentales y estimulantes que su filosofía haya suscitado” (STROUD 1986: 323).

6. HUME CONTRA LA CONCEPCIÓN RACIONALISTA DEL HOMBRE

La idea humeana de implementar una filosofía que nos permita comprender el comportamiento humano está en relación con el espíritu ilustrado de su tiempo. Durante el siglo XVIII muchas de las antiguas doctrinas fueron invertidas para dar paso a una nueva época iluminada por la razón, la ciencia y la valoración humana. La reconocida

⁶ En su conocido artículo “Epistemología naturalizada”, Quine propone una naturalización de la epistemología que, en síntesis, nos dice que ante la pregunta: ¿cómo puede ser posible nuestro conocimiento del mundo externo?, es la ciencia la que debe tratar de responder a esta cuestión y no la filosofía, pues la filosofía debe ubicarse en el campo de la psicología empírica. Si bien algunos autores consideran esta posición análoga a la de Hume, no discutiré la perspectiva de Quine en este artículo, aunque discrepo de dichos autores. La posición naturalista de Hume que aquí se defiende no debe, pues, ser comparada estrictamente con la expuesta por Quine, ya que en lo que sigue, la naturalización se deberá entender como el paso del campo del saber al campo de la creencia y de la acción.

doctrina aristotélica que concebía al hombre como un animal racional que desarrollaba su esencia sólo al examinar y controlar su vida y su pensamiento por medio de la razón, queda reevaluada con pensadores como Hume. Las diferentes propensiones y sentimientos humanos serán ahora objeto de estudio para comprender por qué es que actuamos como lo hacemos. Si bien la época ilustrada promulgaba la exaltación de la razón, Hume descubre que ella no ocupa en la naturaleza humana un lugar determinante, sino que más bien —como lo formula en el libro II del *Tratado*— ella se convierte en la “esclava de las pasiones”.

En este sentido, Hume se vale de la razón para, por medio de un estudio empírico del hombre, indicar la falta de fundamento racional en muchas de nuestras creencias y, consecuentemente, rechazar el escepticismo exacerbado que estaba tomando terreno. Sin embargo, Hume no señala que nuestras creencias sean injustificadas porque sean desordenadas o ilógicas, sino simplemente porque ellas carecen de una justificación demostrativa y necesaria, y surgen sólo del hábito o de la costumbre. Hume no pretendía que se considerara esto como un descubrimiento negativo, sino como la evidencia de nuestra naturaleza real, una naturaleza empapada de costumbres, sentimientos e inferencias propias del género humano que son las verdaderas responsables de nuestros actos. Esta intención de Hume de querer explicar cualquier aspecto de la naturaleza humana de modo naturalista desacredita la concepción racionalista tradicional del hombre y permite señalar que aquellas opiniones que se difundieron alrededor del siglo XIX sobre Hume, que daban cuenta de un filósofo altamente teórico, escéptico y destructor, o quizás considerado como el último paso para el declive del empirismo británico clásico, están equivocadas y sólo oscurecen la auténtica imagen de este pensador escocés.

7. LA ESTRATEGIA NO ARGUMENTATIVA

Como se señaló anteriormente, el rechazo de Hume del escepticismo pirrónico se da en virtud de que consideraba que éste traería consigo consecuencias catastróficas. Ejemplo de ello es el escepticismo que él mismo presenta en la sección IV de la *Investigación*, pues es consciente de que puede conducir a la destrucción “de toda ciencia y filosofía”, y esto es inadecuado para la edificación de una ciencia de la naturaleza

humana, además de que arruina el valor de sus esfuerzos filosóficos. La moderación escéptica a la que Hume hace alusión está relacionada entonces con una reivindicación de la vida diaria, vista ésta como la fortaleza que nos separa de las dudas altamente teóricas. Aunque sea recomendable un cierto grado de escepticismo, el sueño efímero en el que se sume el escéptico es interrumpido cuando la naturaleza hace su llamado: “[N]ada puede ser más útil que estar convencidos de la fuerza de la duda pirroniana y de la imposibilidad de que algo más que el fuerte poder del instinto natural nos pueda librar de ella” (HUME [I]: 162). Cuando se presta atención al comportamiento normal de las personas, se observa que el gran subversor del escepticismo extremo es la acción humana y se constata que “la naturaleza es siempre demasiado fuerte para la teoría” (HUME [I]: 160). Es de esta manera como el escepticismo pirrónico se convierte, a los ojos de Hume, en una postura “anti-natural”, pues aunque este escepticismo sea difícilmente refutable, no puede ser adoptado completamente por el ser humano, debido a la inevitable tendencia natural del hombre a adoptar creencias cotidianas sobre la existencia de los cuerpos o la formación de expectativas inductivas sobre distintos fenómenos.

Se observa que a la hora de tratar con el escepticismo, Hume apela a la naturaleza humana en lugar de valerse de argumentos para enfrentarlo, pues para Hume no son adecuadas aquellas reflexiones filosóficas profundas e incomprensibles que sólo contienen “duda y vacilación” y que únicamente pueden tener éxito dentro de la filosofía misma, porque al tratar de pasar los límites de ésta, encuentra que no pueden ir más allá de una doctrina teórica⁷. Lo más viable para él es rechazar cualquier asomo de aquel absurdo escepticismo pirroniano y aceptar un escepticismo mitigado que permita cierto nivel de “duda, de cautela y de modestia” necesarias en cualquier investigación y que, además, deje un amplio espacio para la acción. Al desconectarse momentáneamente

⁷ Wittgenstein sostiene que no debe preocuparnos el no poder ir más allá de nuestras percepciones para justificar que el mundo externo existe y que nuestras percepciones sensoriales representan o corresponden a los objetos “reales”, pues debido a que las proposiciones tipo (i) no pueden ser demostradas, entonces, la posibilidad no empírica de conocer el mundo externo termina siendo totalmente imposible. En estos términos, Wittgenstein también hace parte de aquellos que no intentan dar respuesta al reto escéptico, sino que realizan una especie de disolución o de neutralización del mismo por medio de un análisis del lenguaje.

del mundo empírico, el escéptico pirrónico, tarde que temprano, caerá en cuenta de que la naturaleza se erige como la fuerza perturbadora capaz de sacarlo de sus cavilaciones: sus ideas y razonamientos son solamente un “esparcimiento” para su mente, por lo que al “despertar” y dar media vuelta, se dará cuenta de que el mundo, de alguna forma, se le impone, que la fuerza de la naturaleza es tan grande que es muy difícil desarraigarse totalmente de ella. En últimas se dará cuenta que está en las mismas condiciones de los demás hombres:

Y aunque un pirroniano se precipitara a sí mismo o a otros, a un momentáneo asombro y confusión con sus profundos razonamientos, el primer y más trivial suceso en la vida pondría en fuga todas sus dudas y escrúpulos y le igualaría en todo punto de acción y de especulación a los filósofos de todas las demás sectas, o aquellos que nunca se ocuparon de investigaciones filosóficas (HUME [I]: 162).

Si bien para Hume “el gran subversor del pirronismo o de los principios excesivos del escepticismo, es la acción, la ocupación y los quehaceres de la vida común” (HUME [I]: 158-159), si logramos movernos en un grado bajo de escepticismo o, como Hume lo llama, ‘una saludable duda mitigada’, podremos adentrarnos en el estudio de la filosofía natural sin que esto implique incompatibilidad alguna con la vida cotidiana del filósofo.

Hasta aquí la relación entre el escepticismo y el naturalismo es de aparente contrariedad. Por un lado se erige la duda radical resultado de la racionalidad en los estudios filosóficos; por el otro, la propensión y la tendencia hacia las diversas creencias que la naturaleza nos proporciona. Ahora bien, el rescate por parte de Hume, de las tradiciones, creencias y hábitos en tanto características propias de la condición humana, no significa que esté desacreditando completamente el papel de la razón en nuestro conocimiento del mundo. En este sentido, es importante recordar el papel instrumental que Hume atribuye a la razón, debido a que ésta no puede ser por sí sola la motivación ni el origen para la acción. Para Hume la delimitación de las pretensiones de la razón radica en que ella no determina del todo nuestras acciones, ni tampoco nuestra formación de creencias sobre cuestiones de hecho y existencia.

La razón actúa sólo como medio para alcanzar los fines de nuestras pasiones y deseos naturales; de hecho, como guía de la acción, ella es la responsable de calcular y dirigir nuestros deseos de bienestar:

Aunque es la Naturaleza la que nos compromete en la formación de creencias inductivas en general, la Razón es la que nos conduce a depurar y elaborar nuestros cánones y procedimientos inductivos y, a la luz de los mismos, a criticar y, algunas veces, a rechazar lo que, en concreto, creemos, movidos por esa inclinación natural (STRAWSON 2003: 57-58).

La naturaleza es la responsable de sacar al hombre de las profundas reflexiones filosóficas y la que le recuerda que es prácticamente imposible desvincularse de sus inclinaciones y propensiones intrínsecas: “La naturaleza, por medio de una absoluta e incontrolable necesidad, nos ha determinado a realizar juicios exactamente igual que a respirar y a sentir” (HUME [T]: 183). Como lo expuse anteriormente, Hume no se propone negar, entonces, que el hombre sea un animal racional; lo que hace con su estudio es rechazar la idea de que los hombres sean exclusivamente racionales o que puedan ser racionales de la forma como tendrían que ser si nos acogiéramos a las doctrinas tradicionales. Así, prestando atención a la conducta humana en su proceder normal, Hume cree posible indagar y analizar la parte racional y humana natural del hombre adhiriéndose a un examen naturalista. Este análisis naturalista de Hume logra imponerse como uno de sus aportes más interesantes al estudio de la naturaleza humana, el cual pone de manifiesto cómo y por qué surgen inevitablemente en los seres humanos sentimientos y creencias que les impulsan a actuar: “[L]as creencias surgen en nosotros como el resultado de la interacción de ciertos rasgos del mundo y diversos ‘principios de la naturaleza humana’ que no se encuentran bajo nuestro dominio” (STROUD 1986: 25).

El naturalismo de Hume entonces, no puede ser tomado simplemente como una “salida” a su escepticismo, ni como una especie de resguardo, sino como la cara natural del ser humano, como el respiro natural por parte del filósofo, de sus investigaciones profundas y agradables al pensamiento y a la razón. Si bien la duda escéptica logra perturbar la seguridad en muchas de nuestras creencias y explicaciones que

regularmente damos —toda vez que, si el hombre tuviera que tener buenas razones para creer lo que cree, no podría creer en algo con verdadera certeza—, la confianza que depositamos en nuestras creencias y aquellos principios que nos ayudan a entender el mundo que está a nuestro alrededor es retribuida por una cierta seguridad y convicción suficientes para situarnos cómodamente en la vida corriente. Se observa entonces, la idea de que las explicaciones o argumentaciones que se puedan dar para demostrar la existencia o no existencia del mundo exterior, no son la razón indispensable para poner en evidencia la existencia del mismo, ya que las proposiciones empíricas sobre el mundo las damos por sentadas⁸ en nuestros razonamientos y lo único que harían tales explicaciones o argumentaciones sería “confirmar” nuestras proposiciones sobre nuestra experiencia cotidiana, pues dentro de nuestra percepción del mundo son ciertas aunque carezcan de justificación racional:

Acceptamos o creemos las teorías científicas (cuando lo hacemos) precisamente porque creemos que proporcionan la mejor explicación disponible de los fenómenos con los que trata [...]. Pero nadie acepta la existencia del mundo físico porque proporcione la mejor explicación disponible, ni por razonamientos parecidos [...] Es, como declaró Hume, algo que estamos obligados a dar por sentado de manera natural en todos nuestros razonamientos (STRAWSON 2003: 65-66).

8. LA “VIDA MIXTA”: COMPLEMENTO ENTRE EL SER RACIONAL Y PASIONAL

A partir de lo dicho, puede decirse que el hombre debe encontrar una posición intermedia entre un extremo razonamiento teórico e inútil en la vida práctica y la ignorancia total. Hume considera que por falta de esta medida es que algunas personas piensan y tildan a los filósofos de inútiles a la hora de proponer principios que se adapten a los problemas sociales. Pero Hume también critica, y con mayor vehemencia, a aquellos hombres que no se interesan por ciencia alguna, ni sienten placer en poner en funcionamiento su razón:

⁸ Recuérdese lo dicho en los anteriores pies de página sobre Wittgenstein.

El mero filósofo es un tipo humano que normalmente no goza sino de poca aceptación en el mundo, al suponerse que no contribuye nada ni a la utilidad ni al placer de la sociedad, ya que vive alejado del contacto con la humanidad y está envuelto en principios igualmente alejados de la comprensión de ésta. [Mientras que el ignorante] es aún más despreciado, y no hay nada que se considere señal más segura de carácter estrecho en una época y nación donde las ciencias prosperan que el estar totalmente desprovisto de afición por estos nobles conocimientos (HUME [I]: 8).

Esta búsqueda del “punto medio” está relacionada —según Hume— con las dos formas como la filosofía moral o “ciencia de la naturaleza humana” estudia o trata al hombre. La primera forma considera a su objeto de estudio —el hombre— como un ser más racional que activo y valora más su entendimiento que su conducta. Esta forma de estudiar al hombre se presenta como más complicada, abstracta y alejada de la realidad. Aunque los análisis de los pensadores que siguen esta filosofía parezcan complejos e ininteligibles, lo más importante para ellos será conseguir la aprobación de algunos cuantos “doctos y sabios” que serán suficientes para recompensar y honrar todo el esfuerzo filosófico empleado. La segunda forma de filosofía concibe al hombre como un ser nacido para la acción y tiene en cuenta sus gustos y sentimientos, por lo que se considera más útil y fácil de entender que la primera, pues está impregnada en sus investigaciones de sentido común y se relaciona más con la vida cotidiana. Por esta razón,

La filosofía abstrusa, al exigir un talante inadecuado para el negocio y la acción, se desvanece cuando el filósofo abandona la oscuridad y sale a la luz del día y, por tanto, no pueden sus principios tener influjo alguno sobre nuestra conducta y comportamiento. Los sentimientos de nuestro corazón, la agitación de nuestras pasiones, la intensidad de nuestros sentimientos debilitan sus conclusiones y reducen al filósofo profundo a un mero plebeyo (HUME [I]: 7).

Con todo, no hay que negar que la filosofía “precisa y abstracta” sea importante, toda vez que ella es necesaria para que se pueda desarrollar la filosofía “fácil y asequible”. Es menester, por ejemplo, conocer las

estructuras corporales internas para realizar esculturas, pinturas o incluso poesía; igualmente, el afán de perfección y de exactitud en el hombre no lo dejan instalarse del todo en la filosofía fácil. Estas dos visiones filosóficas sobre lo humano son muy importantes en la medida en que exponen las dos caras de la moneda que la naturaleza ha establecido: el hombre como un ser racional pero también pasional o sentimental. La anterior distinción entre estas formas de filosofía no indica que Hume se sitúe en el lado de la filosofía fácil, y se desligue de la rigurosidad y de la abstracción propias de las investigaciones científicas; más bien, la filosofía humeana de la naturaleza humana procura alcanzar el nivel del análisis newtoniano⁹ con respecto a la filosofía natural, es decir, un análisis en donde, por medio de algunos pocos principios generales, se pueda explicar el comportamiento humano. Es conveniente agregar que a lo largo de la explicación del intento de fundamentación del conocimiento por parte de Hume se observa que junto al carácter naturalista, se encuentra uno positivista. “Naturalista” en tanto que una gran parte del conocimiento de las cuestiones de hecho está basada en el dinamismo y la inevitabilidad de la naturaleza humana; “positivista” en el sentido en que toma a las ciencias experimentales como modelo del conocimiento (método newtoniano) para realizar un estudio empírico de los fenómenos humanos y argumentar que todo el conocimiento tiene que estar basado o necesita de la experiencia en algún sentido para su desarrollo, por lo que aquél no puede pretender sobrepasar dicho ámbito,

Los propósitos filosóficos de Hume se verían hoy en día mejor servidos, no por una “construcción lógica del mundo” o por un “análisis de los conceptos” de significado, causa, bondad, etcétera, sino por una aplicación a las mismas cuestiones que planteó sobre el pensamiento, el sentimiento y la conducta humanos, en un espíritu verdaderamente empírico y naturalista (STROUD 1986: 323-324).

⁹ Hume y otros hombres de ciencia inspirados por Newton trataron de aplicar el método newtoniano en sus investigaciones. Hume elaboró una teoría general acerca de la mente comparable a la teoría de la atracción universal de Newton. Su intento consistió en derivar fenómenos mentales a partir de unos principios sencillos, parecidos a las leyes del Movimiento de Newton. El objetivo de Hume fue aplicar este método a la naturaleza humana mediante la observación y la experimentación.

Así pues, la búsqueda del punto intermedio que debe emprender el “hombre-filósofo” es la posición intelectual que recomienda Hume cuando hace referencia al tipo de vida “mixta”, en donde puedan confluír y complementarse una faceta escéptica, caracterizada por la duda consciente sobre la posibilidad de conocer, en la que el pensamiento extremadamente crítico es el gran protagonista; y otra caracterizada por un pensamiento netamente empírico, un pensamiento regido por la cotidianidad, en donde la Naturaleza es la dominadora y la que logra sosegar las ínfulas del pensamiento filosófico: “Sé filósofo, pero en medio de toda tu filosofía continúa siendo un hombre” (HUME [I]: 9). Esta última cita ejemplifica adecuadamente su ideal de vida del “hombre-filósofo”, un filósofo con el ánimo suficiente por el análisis cognitivo, pero también aterrizado y consciente de que tiene un lado natural que es más fuerte y al que en últimas termina obedeciendo. Esta consideración logra adaptarse mejor al proceder humano y reivindica, una vez más, la confianza en el sentido común como correctivo contra todo escepticismo radical.

El naturalismo de Hume termina siendo así una respuesta práctica y no argumentativa al escepticismo pirroniano. No se presenta en Hume una elección del naturalismo a costa del escepticismo mitigado, sino más bien, un llamado de atención a estos tipos de estados que intervienen en el hombre, para aprender a relacionarlos de forma adecuada y no caer en excesos de ninguna índole. En este sentido, el escepticismo mitigado debe ser el camino ideal de la reflexión filosófica y la praxis debe ser considerada como parte fundamental en la vida del hombre. Ambas facetas demandan una responsabilidad por parte del “hombre-filósofo”, en la medida en que debe lograr encontrar un balance entre todo lo que tiene que ver con su vida ordinaria o cotidiana y su análisis por parte de la razón:

Tenemos un compromiso natural ineludible con un marco general de creencias y con un estilo general (el inductivo) de formación de creencias. Pero dentro de ese marco, y de ese estilo, podemos dar rienda suelta a la exigencia de la Razón de que nuestras creencias deban formar un sistema consistente y coherente (STRAWSON 2003: 57).

La razón será entonces la que nos permitirá adoptar un escepticismo mitigado, pues nos será útil en la medida en que nos aleje del fanatismo o del orgullo intelectual y pueda darnos la posibilidad de entender el mundo. En esta medida, las dudas sobre el conocimiento promulgadas por los escépticos son válidas sólo cuando estamos situados dentro de un razonamiento formal, porque al conducir las al plano de la cotidianidad se vuelven inocuas, ya que aquí estamos “forzados” a dar por sentado muchas cosas. Así mismo, las diferentes exigencias de la vida nos impulsan a creer; son ellas las que nos permiten desenvolvernos en el mundo y, puesto que la naturaleza del hombre es activa, éste necesita proceder, sentir, imaginar, en otras palabras, necesita vivir, necesita poder recordar su pasado, tomar decisiones sobre su presente y hacer inferencias sobre su futuro.


9. CONCLUSIÓN

Es evidente que en las últimas décadas la impresión que se tiene de Hume como escéptico radical ha cambiado por la de un “psicólogo” del conocimiento humano, por la de un filósofo que, si bien se vio absorbido por el escepticismo al que llegó en sus razonamientos, supo redirigir su camino hacia un análisis del comportamiento humano, hacia un estudio de las creencias, acciones, pasiones y emociones. Su lado naturalista se evidencia también en otras de sus preocupaciones; sus investigaciones sobre la religión, las pasiones, la estética, la política, la historia y otros aspectos de la filosofía moral muestran que Hume creía en muchas cosas y su lado escéptico termina siendo muy pequeño en comparación con sus importantes contribuciones al análisis del actuar humano. Esto permite apreciar la tendencia humeana a valorar al hombre como un ser de acción que busca potencializar sus actividades habituales.

Así mismo, se evidencia, por ejemplo, que en su escepticismo mitigado Hume no le da tanta importancia a la indagación sobre las creencias que tenemos, sino a cuáles son las razones para tenerlas, además de poner de manifiesto que nuestras capacidades mentales son limitadas; no obstante, Hume es consciente de que la vida nos impone constantes tomas de decisiones y sería inadecuado tomar una posición totalmente “dogmática-escéptica”, lo que desencadenaría una falta de confianza en todos nuestros juicios cotidianos y en nuestras expectativas de una

vida futura que, en últimas, nos haría imposible vivir. Según Hume, el escepticismo mitigado no impediría un desenvolvimiento normal del hombre en sociedad, pues aunque los juicios fueran probables, esto no implicaría que no pudiera actuar, debido al sentido ineludible e irrevocable de la naturaleza que lo ha predispuesto para la creencia. Así, el pensamiento filosófico no debe dar exclusivamente resultados teóricos, sino que, por el contrario, debe enseñarnos que al aplicar un escepticismo atenuado, podremos apartarnos de consideraciones vanidosas y dogmáticas, sin dejar de lado la prudencia frente al conocimiento popular. Al mismo tiempo, nos brinda la posibilidad de desarrollar una mirada crítica y reflexiva frente a los supuestos del mundo y, en este mismo sentido, da vía libre para el actuar humano a partir de tales meditaciones.

Es innegable que gracias a su estudio naturalista Hume se ubica en un lugar donde quizá ningún otro filósofo llegó. Sus arduos estudios le permitieron erigirse como un filósofo preocupado por estudiar el comportamiento del hombre y los alcances del conocimiento, y es precisamente esto lo que nos hace reconocer con humildad que ignoramos muchas cosas; pero no por eso dejamos de creer y de tomar decisiones. Como se observa, Hume se erige como un enaltecedor de la naturaleza humana. Su intento de “naturalizar” la epistemología, permite aceptar que combine elementos tanto lógicos como psicológicos, pues si lo que se pretende hacer es un estudio de la naturaleza humana, es entendible que contenga diversos componentes que permitan llevar a cabo un trabajo mancomunado que favorezca apropiadamente, por qué no, a un mismo examen.

Igualmente, como nos lo reitera su estudio naturalista, dado que los principios naturales también forman parte de la experiencia, Hume señala que a la hora de actuar, lo hacemos siguiendo unas propensiones o instintos naturales que se revelan en nuestras acciones y esto debido a que tenemos determinadas creencias a las que no podemos ni debemos renunciar: “[P]uesto que lo que encontramos son compromisos ineludibles, naturales y originales que ni elegimos ni podríamos abandonar” (STRAWSON 2003: 75). Dado lo anterior, se observa también que en Hume no existe precisamente una naturaleza humana que funcione siguiendo tales principios o instintos naturales, sino que son estos mismos instintos o principios los que constituyen nuestra naturaleza humana. 

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

DICKER, G.

(1998) *Hume's Epistemology and Metaphysics: An Introduction*. London: Routledge Ed.

EMPÍRICO, Sexto

(1993) *Esbozos pirrónicos* (trad. Gallego, A. y Muñoz, T.). Madrid: Gredos.

HUME, David.

[T] (1977) *Treatise of Human Nature* (trad. Duque, Félix). Madrid: Editora Nacional.

[I] (1984) *An Enquiry Concerning Human Understanding* (trad. de Salas, Jaime). Madrid: Alianza Ed.

[R] (1999) *Abstract of a Treatise of Human Nature* (trad. Tasset, José). Barcelona.

MOORE, G.E.

(1972). *Defensa del sentido común y otros ensayos* (trad. Carlos Solis). Madrid: Taurus.

NOXON, J.

(1987). *La evolución de la filosofía de Hume*. Madrid: Alianza.

STRAWSON, P.

(2003). *Skepticism and Naturalism: Some Varieties* (trad. Susana Badiola). Madrid: M.T. Ed.

STROUD, B.

(1986). *Hume* (trad. Antonio Ziri6n). M6xico, D. F.: UNAM.

WITTGENSTEIN, L.

(2000) *Sobre la certeza*. Madrid: Gedisa.